

Luego de atravesar montañas, ríos, de imaginar formas que estuvieron o sueños que prosperaron, regreso al pórtico de entrada de este libro para empezar de nuevo en esta página que da comienzo. Yaquí, sin más palabras: a Fundación Empresas Polar, *dedico*.

PEDRO CUNILL GRAU

- ¹ En la oportunidad de examinar los originales del libro *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela* del doctor Pedro Cunill Grau para editarlo, en Fundación Empresas Polar nos pareció una obra historiográfica de gran calidad por su contenido y estilo literario, que debíamos tomar a nuestro cargo. Ya habíamos hablado con el autor cuando nos anunció su proyecto de escribirlo; le dimos la confianza que su prestigio profesional merece y como esperábamos, realizó un extraordinario trabajo. ─
- ² Hoy celebramos nuestro compromiso editorial con el doctor Pedro Cunill y nos complacemos en presentar este aporte suyo a la comprensión de Venezuela, persuadidos de que su aceptación por los lectores coincidirá con el criterio que nos animó a incluirlo en el plan de publicaciones de este año. ─
- ³ Durante muchos años el doctor Cunill, con el perspicaz sentido de nuestra historia que le es habitual, fue acumulando la información que le proporcionaron sus lecturas e investigaciones documentales sobre las impresiones que causaron a los hombres de su tiempo las diversas experiencias resultantes del encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo, en especial las de los exploradores españoles en nuestro territorio de Paria y otras que vendrían después; con todo el material acopiado dictó una asignatura en la Cátedra Fundación Polar de Historia de Venezuela que mantuvimos por acuerdo con la Universidad Central de Venezuela, y como resultado de la sistematización de sus observaciones surgió esta Geohistoria cuya lectura nos ha causado el placer de conocer una interpretación novedosa de nuestra inserción en el mundo europeo que se amplió con los contratos ultramarinos de fines del siglo xv y siguientes. ─

LEONOR GIMÉNEZ DE MENDOZA
Presidenta de Fundación Empresas Polar

- ¹ La geografía es el azar inmovilizado en su tránsito incesante. ¿Cuánto perdura un paisaje, una especie, una tradición ritual, una nación, un mapa? ─
- ² Dentro de sí mismo, cada ser humano es geográfico, pero no siempre lo advierte. Pareciera como si temperaturas, terrenos, sabores hubiesen pertenecido a lo exterior y, sin embargo, tanto nuestros huesos como los sueños no son posibles –en cada individuo– sin la correspondencia a que nos conduce aquello que considerábamos ajeno. ─
- ³ Tal vez esto explique la cíclica persistencia de una posición rígida para el estudio de la tierra y sus caracteres. Sin que dejara de ser necesaria y útil, la actitud cuantificadora ante lo que nos rodea ha predominado en los estudios que trataron y tratan de enmarcar, identificar y utilizar cualquier aspecto de la naturaleza. Y desde la antigüedad tal línea de investigación nos ha dado –aunque por ella inexorablemente se filtrara la fantasía– conocimientos y experiencias valiosas. ─
- ⁴ Pero, ¿qué ocurre cuando, sin desestimar aquellas apreciaciones objetivas y utilizando datos históricos y económicos, se intenta aprehender un territorio, un país, cruzando las fronteras de lo subjetivo y lo externo, enhebrando ambas totalidades como si fueran una sola? Ocurre que puede surgir un libro fresco, revelador como éste. Ocurre que somos lanzados hacia «la geografía de la percepción», en cuyos giros la historia es también un elemento del terreno y la intimidad del más común habitante o la del sabio se frota, se altera con lo exterior, altera lo frotado, para convertirse en una «cambiante geografía». Ocurre que podemos escuchar la voz de Pedro Cunill decirnos: «Todo paisaje es interpretado y percibido variablemente por las geografías personales, inmersas en sus respectivas expresiones vividas históricas y sociales. Es decir, la visión del paisaje geográfico es personal, mezclando la realidad con la fantasía, con los sueños, con los temores, con las esperanzas que tiene todo ser humano». ¿No pasa entonces la geografía a ser «un arte afectuoso» como hubiese dicho José Antonio Ramos Sucre? ─
- ⁵ Que un geógrafo realice la admirable tarea de imbricarnos con nuestro entorno, como si cada detalle de la historia venezolana fuese parte de cada uno de nosotros, y no sólo de los nombres ilustres que firmaron actas de posesión o documentos oficiales, es un signo que no sólo amplía el alma criolla (como una geografía psíquica) sino que probablemente hará surgir nuevos historiadores, capaces de reconocer la importancia de la vida cotidiana e inmediata, tan determinante del carácter de un país como la de héroes y políticos. Me refiero a la posibilidad de corregir la percepción épica, para que, elevando al ciudadano a un grado de suficiencia, no sean sólo los vitoreados políticos quienes aparentemente determinen o escriban el destino de una nación. ─
- ⁶ La vida académica del Dr. Cunill es reconocida en Venezuela y en otras latitudes. Su obra ha merecido elogios y valoraciones que trascienden el círculo universitario para proyectarse hacia la energía general del país. Un comentario de Manuel Rodríguez Campos quizá ayude a perfilar la perseverancia, la agudeza y lo iluminador del trabajo de Cunill entre nosotros. Me decía Rodríguez Campos: «Es curioso que nuestros más valiosos geógrafos hayan llegado de otras regiones, a quedarse entre nosotros, en Venezuela». Y recordó también a Agustín Codazzi y a Pablo Vila. ─
- ⁷ Aquí estamos ante una obra vibrante, científica, obsesivamente documentada. Su eje, asombroso y simple a la vez, es una búsqueda de la

«variabilidad histórica del comportamiento geográfico y ambiental del venezolano»: un asedio al paisaje y sus riquezas, al hombre natural dentro de ese paisaje durante un vasto período que va desde 1498 hasta el siglo XIX. Y, de manera especialmente basada en sorprendentes textos y libros, un incisivo recorrido por la continuada voracidad europea sobre ese hombre y ese paisaje. Lo que de manera desoladora nos parece tan adecuado hoy con el petróleo (su explotación, la confusa política estatal acerca de él, su distribución por el mundo, sus efectos ambiguos en nuestra población) ya ocurrió muchas veces con minerales, fauna y flora de este territorio. ─

⁸ Sin embargo, no estamos ante un libro de quejas, denuncias y reclamos. Como un *basso continuo* el dolor sostiene cada ramalazo del esplendor y el Dr. Cunill no oculta las vastas extensiones marítimas o boscosas que fueron destruidas. Tampoco la fuerza humana autóctona o traída de África que fue diezmada para que florecieran familias y fortunas. Tal dolor tiene, asimismo, otra faz determinante que también lo hizo posible: la ambición, el refinamiento, el fulgor de las cortes europeas, de sus políticos, sus guerras, su decadencia. ─

⁹ Este libro, en cambio, se dirige, como un cofre mágico, hacia todo aquello, pero para mostrar su lado radiante: el oro salvaje y las esmeraldas convertidas en joyas, el algodón en tejidos envidiables, los tintes en colores que hubiera deseado Tiziano, las raíces y frutas en espléndidas medicinas. Para mostrar que el paisaje venezolano resplandecía (resplandece) como alimento insustituible de la vida, la exquisitez, la salud, el placer —de la suya y de otras sociedades. ─

¹⁰ Por lo menos una doble sensación tenemos los lectores al abrir el volumen. Después advendrá el estudio, el goce del análisis. ─

¹¹ Lo primero es la sorpresa, que no cesa hasta la última línea. Tal vez en las páginas de Gilberto Antolínez haya el más hermoso antecedente para este encuentro con la inflorescencia de nuestras sociedades antiguas. En efecto, parcialmente en aquéllas, pero nunca como aquí se había abordado, desde el suelo elemental, la revelación de lo sagrado, de lo cotidiano y lo erótico en su total esplendor. ─

¹² El inmenso sistema fluvial orinoquense como autopista hacia el océano, hacia los Andes y los ríos del sur; las difíciles trochas en medio de selvas, costas, serranías y llanos; los petroglifos y piedras míticas como signos de tránsito (para las ferias y el comercio, para el desafío y el temor: ceguera y mudez); los cerros marcados; las temperaturas («tan intenso y ardiente calor que pensaron arderse los hombres con las naos»): todo esto va a hablarnos de las etnias y sus ciclos anuales, de los «viejos dioses» y las ofrendas requeridas, de la inmediatez entre la vida diaria y las divinidades. ─

¹³ Distancias inmensas que recorren los pueblos para cumplir sus votos y celebrar sus ceremonias en lugares especialmente seleccionados. Vestimentas singulares, sacrificios; el yopo, el hayo, la coca como vehículos de comunicación con los dioses y como extremos del placer o del prestigio social. ─

¹⁴ La versatilidad de nuestras fibras vegetales (cocuiza, henequén, moriche) para uso práctico, ornamental y religioso. La hamaca aérea junto al refinado sombrero, vestigios aún palpitantes del hedonismo. He aquí parte de cuanto va a colocar este libro dentro de un hábitat anterior o inmediato. ─

- ¹⁵ Porque la segunda sensación es paralela con lo sorprendente: aquí cada página define eficazmente los contornos materiales de un alma milenaria (la nuestra), que facilita la identificación profunda con el libro. Efecto que Estrabón nos ampliaría de esta manera: «La actividad del geógrafo tiene también una parte no desdeñable de la consideración teórica, la de tipo técnico, matemático y físico, y la que subyace en la información histórica y en las narraciones míticas que ninguna proyección práctica tienen». ─
- ¹⁶ «La vegetación... recuerda el crecimiento de una fuerza cósmica, libre de la medida, usurpante del límite» anota Ramos Sucre, nuestro extraordinario paisajista. Algo de esto entrevió el Almirante con sus ojos irritados, ante la fronda recién descubierta. Algo de esta vislumbre vegetal sorprendía a Europa en los cuadros que entonces pintaba Albrecht Altdorfer, quien posiblemente convertía al paisaje, por vez primera, en un centro del arte. Centro geográfico, la vegetación, que hipnotizaba al Almirante desde su primer viaje. ─
- ¹⁷ Lo que jamás vio ni esperó hallar Colón en esos momentos fue la desconocida, avasallante corriente de agua dulce que emergía desde las profundidades del delta hacia el golfo de Paria. El Orinoco apartaba al océano, movía su nave, iluminaba a sus hombres. Colón creyó estar en el Paraíso terrenal, según lo anunciaban mapas importantes, que marcaban, inexorablemente, la presencia de aguas así como parte del territorio celestial. Y tal como la afirmarían en sus cartas Americo Vespucci. ─
- ¹⁸ Expone Cunill que las 170 perlas ofrendadas por Colón a los Reyes son las primeras extraídas por europeos en el Nuevo Mundo. Lo que sigue es una de las explotaciones más intensas de aquellos tiempos, que causarían una «fiebre de perlas». Así, cuanto era —como el oro— esencialmente ornamental o simbólico para los indígenas se convierte en obsesión hasta para Carlos V y sus hermanas. ─
- ¹⁹ Como lo notará inmediatamente el lector, este es un libro que despierta el comentario. Se nos habla de un producto, extraviado en los negocios del siglo XVI, pero sentimos que ese dato pertenece al día de hoy. Quizá porque algo tan aparentemente lejano nos conduce a vislumbrar los «mapas desleales» de Ramos Sucre. Mapas que son estipulados desde el primer momento por el mismo Colón: aún se mantiene el enigma de si éste ocultó con sagacidad su conocimiento o su posesión de tesoros perliíferos. Y aún no hay certeza acerca de la interpretación que da Humboldt a ese tercer viaje del Almirante: sólo un giro meridional para buscar oro. ─
- ²⁰ Deslealtad del mapa que extravía el gran botín de oro fundido (joyas e imágenes rituales de los indígenas), enviado por Ambrosio Alfínger a Coro en 1532. Y, como estas narraciones, otras de sesgo similar: ¿un rasgo del disimulo económico y político siempre presente en estos países? ─
- ²¹ Cunill despliega su arte deslumbrante: de los pleitos colombinos, de las cartas, de las historias, de los juicios, de las actas, de los documentos de hacienda y comercio, de poemas, de las Reales provisiones y Cedula-rios, de las órdenes, de las relaciones y obligaciones, de las alegrías y placeres, de la sensualidad y el erotismo extrae la vía de la vida: el esplendor de seres, ceremonias y fiestas, sostenido por un paisaje pródigo. ─
- ²² Nos conduce al comentario, hemos dicho, pero no podemos sustituir al libro mismo. La riqueza de sus datos, la versatilidad del autor al hacer suyos tiempos antiguos y recientes, su estilo «pedregoso» —otra vez Ramos Sucre— son recompensa suficiente para quien atraviese estas páginas. ─

- 23 El algodón, como lienzo y como moneda, ¿no persiste en nuestra cotidianidad? Los cueros, desde el zapato, hasta la prenda refinada; los jabones y los odorantes, ¿no hablan siempre de nuestro confort y nuestra intimidad? —
- 24 Si bien las garzas y los guacamayos, de espléndida irisación, ya no lucen en los tocados de las Josephine Baker o Mistinguette de ahora, y quizá por eso su población salvaje se haya acrecentado, ¿no vemos —justo en este momento— en nuestras carreteras pájaros y monos preciosos, atrapados —como en aquellos siglos—, sin protección alguna, y vendidos ferocemente antes de que mueran poco después en su cautiverio? Los monos de ópalo más bellos del mundo por lo menos eran lucidos en las cortes imperiales como signos de gracia. —
- 25 Los indígenas transmitieron en seguida a los europeos sus milenarios secretos médicos. Numerosas enfermedades y especialmente la plaga de esos tiempos, la sífilis, encontraron consuelo en árboles y arbustos, en hojas y frutos que hubieran causado admiración a Altdorfer: la cañafistola, la zarzaparrilla, la quina, el guayacán. La limpieza bucal y dental, la cura a llagas y bubas, las mejoras sudoríficas y depurativas, las «passiones de riñones y de urina» podían aumentar con los componentes vegetales que Venezuela remitía a Europa. ¿No persiste una medicación de este orden en tecnologías farmacéuticas y en la vida popular? —
- 26 Estimulantes y alucinógenos, cordeles y fibras, morichales y chiquichiqui, tucanes, aves de presa, la belleza corporal de los aborígenes, bitumen, la sal, piedras de caimanes, aceite de tortuga, los cangrejos, las salazones de pescado, el ají, la catara, la sarrapia, la vainilla, café y cacao, panela y papelón, cocuy, chichas, la naranja y la caña, el ben, la rosa de montaña, chimó y tabaco, las flores impensables, la butaca, la trementina, el mangle, la hamaca, el ñongué, las maderas preciosas, etc.: nombres y usos que concluyen en determinadas zonas territoriales y en lapsos precisos o que cíclicamente aparecen y desaparecen entre nosotros, ante los otros. Nombres que el Dr. Cunill restituye a vibrantes escenas, a cifras y hondos paisajes nuestros. —
- 27 No comento aquí el fabuloso capítulo sobre las tinturas. Maquillajes, trajes, emblemas religiosos y políticos fueron renovados en Europa con los tonos que aportaba la mercancía de los viajeros. Si un indígena se pintaba de negro y rojo con caruto o con onoto y era esto señal de fiesta, de guerra o de amor («Una india cuando quiere hacer un favor a un indio para dormir con él, se pinta toda de la cabeza a los pies y lo pinta a él, y así pintados se van a dormir» escribió un viajero), ¿no resultaba equivalente la aplicación de nuestros tintes en la sofisticada sociedad europea de entonces? —
- 28 Naves y casas también recibieron las tonalidades llevadas de aquí. ¿Será alguna vez posible hallar la resonancia del intenso azul del caruto, de lo violáceo de la «zuzubana» (¿similar a las conopias del Orinoco?), del amarillo de la bosúa o el onotillo, del rojo escarlata del bariquí y la chica, del rojo Rembrandt del palo brasil en todo el arte pictórico que a partir de Colón muestra Europa en sus obras maestras? —
- 29 En cambio, sé que este libro poseerá una singular resonancia: la de convertir lo geográfico en un atributo de todos; la de inquietar a científicos y poetas. Porque creo que nunca antes los vínculos domésticos o intelectivos de nuestra población con su paisaje habían sido recorridos con tanta precisión y pasión. Un libro que habla de lo sensual es también cosa de placer. (Para Estrabón el geógrafo debe ser asimismo

aquel tipo de hombre «que ocupa sus pensamientos en el arte de vivir y en la felicidad».) ─

- ³⁰ Concluyendo esta intromisión en el libro, voy a una de sus frases iniciales, que me sigue inquietando: dice el autor que tal esplendor físico de Venezuela no ha «sido debidamente percibido en su grandeza por generaciones pasadas y actuales». Y debe tener razón. Quizá porque nunca lograremos concebir plenamente cómo vivió la población autóctona durante siglos en medio de este esplendor paradisíaco. Quizá porque los tesoros naturales constituyen nuestra cotidianidad, y no los exaltamos. Quizá porque necesitamos educarnos –con libros como este– para cumplir una revolución en el único universo donde es posible una revolución: en el de la sensibilidad. Y que, de no ser así, perderemos nuestro mundo más fiel: el paisaje. ─
- ³¹ Y ya que he recorrido esta obra del Dr. Cunill bajo la percepción histórica y geográfica del poeta José Antonio Ramos Sucre, no está de más decir con él, que pocas veces el placer nos abre «su idioma infranqueable» como ocurre con las secuencias aquí mostradas. ─
- ³² Concluyo con unas últimas palabras de Ramos Sucre, que no quiero traer como admonición, sino como advertencia ante el país –el paisaje– que hemos tenido y que podremos tener: «El Dios los castiga engrandeciendo la riqueza de la tierra que mancillan». ─

JOSÉ BALZA

(1)

Caracterización de esta corriente en Yi-Fu TUAN, *Humanistic Geography*, en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 66, núm. 2, June 1976, págs. 266-276; Anne BUTTIMER, *Values in Geography*, Commission of College Geography, Association of American Geographers, Washington, 1974. David LEY y Marwyn SAMUELS (eds), *Humanistic Geography. Prospects and Problems*, Crooms Helm, Londres, 1978; Horacio CAPEL, *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, 1981, págs. 442-447.

(2)

Es de valor, desde otra óptica, la interpretación del historiador José Pedro BARRÁN, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, dos tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo, 1998.

(3)

Joël BONNEMAISON, *La géographie culturelle*, Ministère de l'Éducation nationale, Ministère de la Recherche, Comité des travaux historiques et scientifiques, París, 2001, págs. 26, 55.

- 1 Esta obra que se generó en nuestras lecciones impartidas en la Cátedra Fundación Polar en la Maestría de Historia de Venezuela, Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, y en el discurso de incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, es una contribución geohistórica a la geografía de la percepción, rama de la geografía humanista que se viene diseñando desde hace tres décadas en varios centros de excelencia en Europa y Norteamérica ⁽¹⁾. Ello nos permite incursionar en la recuperación de la herencia geohistórica, legada por geógrafos e historiadores clásicos, cronistas acuciosos, viajeros avizores y por otros múltiples testimonios documentales, que había sido soterrada por la indiferencia de los cultores de la geografía cuantitativa neopositivista. ─
- 2 Hasta la fecha han sido sumamente escasos los acercamientos innovadores en esta materia que se registran en Iberoamérica ⁽²⁾. Ello es inexplicable, debido a la riqueza temática que se da en nuestros territorios, tan disímilmente percibidos por mujeres y hombres, en cuyas ópticas han incidido con fuerza sus comportamientos sociales, sus variables intereses económicos y las informaciones disponibles en los diversos momentos históricos en los cuales ha transcurrido su existencia. ─
- 3 En esta última década el geógrafo francés Joël Bonnemaïson (1940-1997) ha dado nuevas luces a la geografía cultural, viendo en las estructuras concretas y en la organización material del espacio, la puesta en forma de un imaginario poblado de símbolos, de visiones, de sueños. Compartimos en nuestra obra su concepto de geosímbolo como la estructura simbólica de un medio geográfico, puesto que mujeres y hombres inscriben y muestran en su paisaje los valores que son los suyos ⁽³⁾. El geosímbolo, por su conformación en la sensibilidad geohistórica, expresa la espiritualidad de un lugar; en otras palabras, el geosímbolo viene a ser un signo del espíritu de un determinado sitio geográfico, que refleja y forja una identidad. ─
- 4 En la presente obra conceptualizamos como geosímbolos a diversos lugares sagrados, tanto prehispánicos (el caso de Escuque) como hispánicos, expresados en santuarios católicos de magnitud. Asimismo, peregrinaciones indígenas y ulteriormente marianas corresponden a geosímbolos sumamente importantes. Simultáneamente el poder político se expresa en los geosímbolos tradicionales de la Casa Amarilla, de Miraflores y sitios claves caraqueños e interioranos. Íconos, como los parajes de Sorte, el samán de Güere, la ceiba de San Francisco, capillas de ánimas milagrosas y muchos otros, son lugares de sensibilidad, de los cuales emanan fuerzas espirituales. Símbolo y valor, el geosímbolo produce y construye partes significativas del territorio venezolano. ─
- 5 La cambiante geografía de la percepción es clave para entender la geografía histórica del comportamiento humano en la conformación y utilización del paisaje. No existe un paisaje inmutable, que objetivamente proporciona su biodiversidad y sus recursos naturales. Todo paisaje es interpretado y percibido variablemente por las geografías personales, inmersas en sus respectivas expresiones vividas, históricas y sociales. Es decir, la visión del paisaje geográfico es personal, mezclando la realidad con la fantasía, con los sueños, con los temores, con las esperanzas que tiene todo ser humano. ─
- 6 En la geografía humanista se intentan aprehender los significados, los valores, los objetivos, los propósitos, las intenciones voluntarias e inter-

venciones espontáneas, que expresan creativa o destructivamente diversas acciones humanas. Por lo tanto, es fundamental el abordaje conceptual del paisaje cultural a través de la percepción histórica. A este respecto, debemos evitar interpretaciones anacrónicas, antihistóricas, que intentan retrotraer a los siglos xv, xvi, xvii, xviii y xix, percepciones del hoy, manteniendo aversiones contra hábitos de aseo, ornato, alimentación, vestimenta, medicina y otros. Incluso incompreensión y prejuicio a diversas manifestaciones de la sensibilidad regional en las primeras décadas del siglo xx, cuando culminaba la Venezuela prepetrolera. Estimamos que debemos seguir con especial atención la utilización de recursos específicos y especies de la biodiversidad de flora y fauna que eran aceptados y comercializados con variables percepciones en esos siglos pasados. ─

⁷ Por ello, esta obra comprende una visión territorial de la sensibilidad venezolana en una óptica humanística de la geohistoria de la percepción, que se marca desde el tardío siglo xv al temprano siglo xx. Ulteriormente la irrupción avasalladora del petróleo cambia radicalmente escalas y ópticas, por lo que esta temática en la Venezuela petrolera será objeto de otra obra. ─

(4)

Octavio IANNI, *El realismo mágico*, artículo en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 40, junio 1986. CEDLA. Amsterdam.

⁸ En este contexto, el interés por la variabilidad histórica del comportamiento geográfico y ambiental del venezolano nos lleva a investigar la manera como se ha realizado su percepción territorial, en función de la cual ha tomado sus decisiones en la valoración de la biodiversidad y de los recursos naturales, lo mismo que en el disfrute del paisaje. Se expondrán cambios territoriales que se ocasionaron directa o indirectamente por rechazos, afectos y utilizaciones locales. Fuentes denominadas por los naturales y primeros conquistadores de *stercus demonis*, a los pocos años eran manantiales crípticos de aceite petróleo, que curaba gota y artritis de monarcas españoles. Espacios denominados del **Infierno** luego se reconvertían en parajes de prosperidad. Las zonas acuáticas del **Paraíso Terrenal pariano** a escasos años eran bautizadas como **golfo Triste**. Aves de mal agüero al poco tiempo serán visualizados como pájaros celestiales. Paisajes aprehendidos como tierras de plantas venenosas eran, a posteriori, sitios benéficos donde crecían hierbas medicinales. ─

⁹ Más aún, la sensibilidad ante lo mágico fue un rasgo fundamental local en la época de nuestro estudio en el paisaje venezolano. Petroglifos fueron percibidos por misioneros como obra del demonio y/o sitios de encantamiento. Estilos de fumar tabaco o disfrutar del gusto del **chimó** y del **hayo** eran expresiones por interpretar del lenguaje de los dioses. ─

¹⁰ Creencias del hallazgo del país de las **mujeres amazonas** en las comarcas del Cuchivero, de **sirenas** en mares caribeños y embocaduras fluviales, y del **achi**, mítico hombre salvaje peludo en las sabanas de la Orinoquia, eran aceptadas en la Venezuela profunda, pero también se señalaban indicios de presencia de unicornios en los parajes boscosos de San Pedro de los Altos en las cercanías de Caracas. ─

¹¹ Ello condujo muy tempranamente, al igual que en otros países americanos, a sensibilidades cartográficas y literarias en dibujos, crónicas y descripciones de viajeros del realismo mágico ⁽⁴⁾. En los territorios de lo que hoy corresponde a Venezuela se fueron presentando, desde el mismo período del Encuentro hasta comienzos del siglo pasado, múltiples connotaciones geográficas que expresaban rasgos maravillosos y fantásticos unidos a realidades geográficas y naturales. Esta producción cartográfica y literaria se fue caracterizando por un soplo sorprendente, insólito, encantador; en fin, un aura encantada de irradiación luminosa

que conquistadores y lugareños indígenas, europeos, criollos, africanos y mestizos, percibían alrededor de ciertos paisajes, cuerpos humanos, animales o vegetales. Descubridores que percibían las sorpresas de lo real e imaginario ante monstruos; caníbales; islas de gigantes y enanos; indígenas que se asombraban ante los europeos en el período del Hallazgo, teniéndolos como arribados del Cielo; millares de mujeres y hombres tratando de alcanzar los etéreos espacios de El Dorado y de los placeres de las perlas. —

- 12 Los mitos europeo-medievales e indoantillanos de las **amazonas**, mujeres sin hombres, o de los **ewaipanomas**, seres que tenían los ojos en los hombros, como muchos otros, sólo quedaron en la cartografía del imaginario. Lo maravilloso se fue diluyendo en la memoria colectiva y borrándose en ocultos legajos de olvidadas bibliotecas y polvorientas mapotecas. En contrapartida, lo real se expresó con toda magnificencia en ricos paisajes geográficos de sal, oro, perlas, animales, plantas, peces, reptiles y centenares de materiales de recursos naturales y de excepcional biodiversidad. Sitios de producción, rutas de extracción, lugares de manufacturación, se fueron expresando en la geografía cultural venezolana, dando especificidad e identidad a cientos de lugares. —
- 13 Además, por la cuantía, excepcionalidad y belleza de su fauna, flora, productos agrícolas, forestales, pesqueros, mineros, energéticos y de otros tipos, no han sido sólo percibidos y aprovechados para satisfacer la sensibilidad interna venezolana, como se registra en otras múltiples comarcas iberoamericanas que han languidecido secularmente por su incommunicabilidad y autoconsumos locales; en cambio, aquí también han irradiado por más de quinientos años, satisfaciendo desde las puertas abiertas de su expectable situación geográfica las demandas de múltiples productos silvestres e introducidos en función de la sensibilidad del ámbito euroamericano. —
- 14 En Venezuela, aun los paisajes más periféricos y aparentemente sin interés han sido altamente atractivos en un determinado período histórico para satisfacer demandas de la sensibilidad interna y foránea. En 1555 Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en su monumental *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano* lo anotaba con singular delicadeza, rememorando los casos de la **orchila**, que cubría «partes deshabitadas y terrenos sin pastos para los ganados», dando en cambio tinta a los paños; y de la isla de Cubagua, en la cual sus **perlas** daban riqueza y posibilitaban incluso el poblamiento urbano: «la cual es muy pequeña y esterilísima e sin gota de agua de río ni fuente, ni lago ó estaño; y con esta y otras dificultades, sin haber en ella donde se pueda sembrar ni hacer mantenimiento alguno para servicio del hombre, ni poder criar ganados, ni haber algún pasto; está habitada y con una gentil república que se llama la Nueva Ciudad de Cádiz»⁽⁵⁾. —
- 15 El providencialismo de Gonzalo Fernández de Oviedo lo lleva a sensibilizarse, lo mismo que a otros coetáneos, ante el aprovechamiento de los lugares más inhóspitos, siendo audaz en su interpretación utilitaria de todo tipo de recursos naturales: «No hizo Dios cosa inútil ó sin provecho. Vido Dios todo lo que hizo é todo fue bueno é por él aprobado. De lo cual podemos colegir, y vémosle en efecto, que en las provincias que parecen desiertas y estériles en estas partes é Indias (y en todo el universo), hay otros secretos y utilidades y abundancia de cosas que en las regiones estimadas por fertilísimas se desean y son de mucha estimación y precio. Vemos la tierra cubierta (en algunos lugares) de zarzas, abrojos

(5)

Gonzalo FERNÁNDEZ de OVIEDO
y VALDÉS, *Historia general y natural
de las Indias, islas y Tierra Firme
del mar océano*, prólogo de J. Natalicio
González, notas de José Amador
de los Ríos, Editorial Guaranía,
Asunción del Paraguay, catorce tomos,
1944-1945, tomo IV, págs. 86-87.

y espinos; hallamos en sus entrañas ricos mineros de plata y oro y otros metales y provechos. Cuanto más que esos mismos abrojos, zarzas ó espinos que dije de suso, no carecen de algunas virtudes y propiedades, á que sirven é son convenientes»⁽⁶⁾. Fue un adelantado, un auténtico precursor, en la interpretación del uso de recursos naturales en la cambiante geografía de la percepción. ─

(6)

FERNÁNDEZ de OVIEDO, op.cit.,
tomo IV, pág. 85.

- ¹⁶ Volviendo a la óptica contemporánea de la geografía humanista, el comportamiento antrópico ante el paisaje, la biodiversidad y los recursos naturales, es siempre variable. Por ello, el espacio geográfico no puede ser valorado en una concepción objetiva e inmutable, más o menos abstracta, sino en función de su valor subjetivo, como un espacio histórico conocido y aprehendido personal y socialmente. ─
- ¹⁷ En estos espacios realmente vividos se han producido cruciales procesos en la geografía de la percepción. Junto al disfrute de la beldad corpórea, visiones paisajísticas, de aguas calientes, de baños fluviales, lacustres y marítimos, de la utilización de centenares de productos de la biodiversidad y materias primas minerales que se exponen en esta obra, intentaremos exponer realidades en acomodados paisajísticos y conformación de espacios efímeros para el fervor de la fiesta religiosa, las alegrías de las actividades lúdicas, los placeres de la concupiscencia. Simultáneamente, recordaremos espacios del terror y de la angustia, de la violencia, de las tensiones de la melancolía espacial y la omnipresencia de los espacios terroríficos de la muerte. ─
- ¹⁸ Paralelamente se expondrán afectos que se expresaron en Europa y diversos países americanos en gustos, olores, vistas, sonidos, modas y deleites de los sentimientos, que se satisficieron con productos de la biodiversidad y recursos naturales provenientes de diversos paisajes venezolanos. ─



Heliconia [*Heliconia acuminata*]
Herbarium del Museo de
Ciencias Naturales de Chicago.